

REVISTA DE TEATROS.

DIARIO PINTORESCO DE LITERATURA.

NUM. 304

MADRID 13 DE NOVIEMBRE DE 1843.

SEGUNDA SERIE.



EL CURA MÉDICO.

Cierta mañana me hallaba yo encerrado con la imitación de Jesucristo, cuando sentí que llamaban a mi puerta; abren y entra quien llamaba: era mi patrona la viuda, todavía joven. Ya su aspecto me había admirado y enternecido; pálida y enjuta, la destracción se leía en su rostro, y cuando se sentaba entre sus dos hijos, los miraba con los ojos tan arras-

dos de lágrimas, que no podía uno reprimir las suyas.

— ¿Qué quereis, señora? la dije con acento cariñoso y ofreciendo a una silla.

Rehusándola ella se postró á mis plantas entre sollozos.

— ¡Salvame, señor! exclamó ella: sois médico: vuestro semblante revela vuestra suma bondad... y me salvareis.

Quise interrumpirla; mas ¿cómo contener á una

infortunada que habla de sus males? En seguida, la pobre mujer, entre palabras y suspiros, me contó que estaba enferma hacia cu tro años, que tenía dos hijos, que había ensayado toda clase de remedios sin éxito alguno, que se sentía desfallecer, y que necesitaba, quería y debía vivir.

De nuevo se arrojó á mis pies, exclamando: ¡Salvame!

Juzgad de mi perplegidad; yo estaba conmovido, turbado por mil sentimientos contrarios, por mil

deberes opuestos. Aceptar el título de médico era una mentira, no fáctica, sino espesa: declarar que yo no ejercía la facultad, era confiar mi secreto á una fé desconocida, espuesta á tentaciones y amenazas: era esponer mi vida. Mas de no confesárselo, me era indispensable asistirle. ¿Y cómo había de componerme? Yo no sabía jota de medicina, ni aun la que conocen todos los párrocos de aldea. Había de burlarme con esos misterios terribles de la enfermedad y de la curación, empleando quizá homicidamente los secretos de la naturaleza, y perdiendo á aquella mu- ser por salvarme? Combatido por reflexiones tan contrarias, iba á revelárselo todo, y ya me había levantado con este objeto; pero adivinando ella la negativa en mi rostro.

— ¡Callaos, callaos! exclamó tapándose la boca con las manos: no pronunciais que me rechazais de vos. Si no me acogeis, lo sentiré: se apoderará de mí la desesperación sin remedio alguno. El primer día que vinisteis, al instante que os vi, dije: «Este me curará!» No me rechazais; es verdad que nada poseo: nada puedo daros... pero padezco mucho. Si yo fuera sola no escuchariais mis súplicas; mas tengo hijos... ¡Oh, brotan lágrimas de vuestros ojos! ¡decid que sí!... ¡Ya me he salvado!

Y al decir estas palabras me besó la mano con delirio.

Me había vencido: además debo confesarlo, aquella muger me transmitió su ciega y fatal confianza. Ignoro como llegué á adquirir semejante idea; pero me pareció que había allí algo más que superstición por su parte y locura por la mía; y cuando me refirió sus padecimientos escuché en silencio y obedecí á una voz irresistible.

(Continuará.)

PISA.

EL CAMPO SANTO.

Entrase en seguida en el *Campo Santo*: no existe en el universo un rincón de tierra más patético é imponente. El *Campo Santo* exhala toda la poesía de la muerte, de la nada, de la inmortalidad, es el verdadero cementerio del cristiano, porque el corazón no se angustia allí con la desolación que rodea á los sepulcros humanos; una dulce y religiosa melancolía llena las cuatro galerías fúnebres y hace pensar en la muerte sin horror. No rechaza las osamentas aquella tierra conservadora, ni permite que el gusano se alimente con despojos mortales: no; es una tierra milagrosa que preserva el cuerpo de la fétida corrupción, y que cubierta con un magnífico velo de céspedes y de flores, coqueta en puras y graciosas ojivas de mármol blanco; es la tierra llevada de la inmortal Salem en las galeras de los cruzados, el lecho de descanso de los hombres fuertes que mueren en Dios, y que ha santificado los cadáveres de los antiguos caballeros Pisanos. ¡Cuán armonioso es el ruido de las yerbas, que se elevan desde los cuadros del pensil mortuario hasta las desnudas labores de las galerías! Aseméjase á una Salmodia cantada por las sombras de los finados, á un himno sepulcral escrito en una lengua que solo aprende el hombre cuando deja de existir. Y ya que ignoramos los misterios arcanos de la muerte, ya que nos complacemos en las ilusiones consoladoras que nos ocasionan los objetos materiales colocados ante nuestros débiles ojos, creemos que vale más morir en las inmediaciones del *Campo Santo* que en cualquiera otra parte del mundo. Si en el *Campo Santo* es animada la muerte, *mors viva*, como dijo un sabio; en el *Campo Santo* es verdaderamente ligera y leve la tierra para los dichosos á quienes cubre. Si algún instinto de animación, si alguna chispa de vida anda errante en torno de nuestros frios despojos (secreto oculto en la mente de Dios) el *Campo Santo* puede ofrecer en su recinto ameno sus mismos consuelos á esa sombra que sobrevive á nuestro cuerpo.

No ha decorado el genio de la religión y del arte aquellos claustros venerados por complacer á los vivos; los artistas han acogido una inspiración bajada del cielo; porque los grandes artistas siempre tienen alguna misión celeste que están dispuestos

á cumplir ciegamente. Recibieron orden de embellecer un purgatorio de espacion con todo lo que las artes encierran de más imponente, á fin de administrar el bálsamo de la paciencia á las almas que esperan en la tumba la hora tardía de su emigración, y realizaron la obra de tan maravillosa arquitectura para su alivio y no para nuestro recreo. El mármol griego ha adoptado allí la forma de la ojiva cristiana, y Cimabue con su divino pincel ha injerido en sus vetas el secreto de una vida imperecedera: llegó de Constantinopla el artista Florentino, trazó el primer fresco del *Campo Santo* y escribió el frontispicio de este libro inmenso; cada página es un reflejo de la *Biblia*: aparecióse después un pastor, cubierto con un saco de piel de oveja, un hijo del Arno, el Mesías del arte italiano, Giotto, cuya mano era tan diestra como bello su rostro (1) y lanzó el fuego de sus primeras inspiraciones sobre los gigantescos muros del claustro Santo; recogió el pincel de Cimabue, su maestro, y lo legó como el centro de una gloriosa dinastía á los hermanos Gaddi, á Orgagna, á Simon Memmi, á Spinello d' Arezzo, á Benozzo Gozzoli, á Buffalmacco, que acudieron todos con el Evangelio en la mano á materializar en aquellas paredes todas las divinas parábolas, todos los misterios de la fé, todas las confianzas que Dios ha tenido con el hombre por conducto de los que hablan en su nombre. El hermoso cielo de Pisa se encargó de distribuir al claustro la luz y las sombras, convirtiéndose en digno asociado de todos los grandes artistas. Tintas suaves, doradas, transparentes, corrieron sobre las ojivas, sobre los jardines, y en los corredores tranquilos, silenciosos, cercados de mosaicos esparcidos en los sepulcros en elados.

Así se conibe el *Campo Santo*: aquel recinto mortuario es digno de las viudas y de los hijos de los guerreros que combatieron por libertar el sepulcro de Cristo. La religión es hermana del arte, y siempre ha acudido al auxilio de su hermano. Muere la iglesia en Bizancio y la religión envía á Cimabue al *Campo Santo*, y cuando se desploma el trono de Luisian, convoca un gran congreso de artistas al rededor de los sepulcros italianos de los caballeros cruzados, y el arte recono ido venga á la religión de las victorias de Mahomet segundo y de Saladino.

Pisa es una ciudad que no debe visitarse segunda vez, por mi parte está resuelto á no volver á ella, porque temo que se borren las primeras impresiones que me han causado sus monumentos, á fuerza de contemplarlos, y llegar al desen antamiento de tan dulces ilusiones. Es indispensable que el artista atraviese rápidamente el *Campo Santo* y que se vaya á vivir lejos de allí sino le es dado morir en él: de este modo permanece en la memoria la aparición fugitiva como el más agradable de los sueños. En aquella hermosísima plaza se reúnen en un pensamiento común cuatro edificios religiosos que no se pueden estudiar bajo el frívolo pretexto de ciencia mundana; allí es preciso ver, sentir y alejarse.

Las ruinas tienen largo tiempo al viajero y le irritan de nuevo á su examen, porque las ruinas son un libro abierto en el cual siempre hay algo que leer, porque cualquiera piedra monumental que se desploma, está llena de ideas inéditas, que el artista va cogiendo una á una con fervor. Pero allí, delante de la cúpula de Pisa, no existen ruinas, no hay decrepitud; todo es mármol y diamante: los cuatro monumentos se levantan á la vez con su magestuosa é inalterable fuerza y poderío.

D speedme de ellos con las manos cruzadas, con las lágrimas en los ojos, con el pensamiento de no volverlos á ver, para verlos sin cesar en mi pensamiento.

Paréceme que esta ciudad fue en otro tiempo un arrabal de Liorna, pero un arrabal elegante, indolentemente artístico que se cansó del monótono ruido de las canteras, de todo el prosaico estrépito de la industria y del agiotage comercial, y se refugió en la soledad llevándose su cúpula, su campanila, su bautisterio y su cementerio sagrado. Pisa es en efecto una ciudad disgustada del mundo, que se ha retirado al campo, una ciudad anacoreta; sin embargo,

(1) CUI QUAM RECTA MANUS, TAM FUIT ET FACIES.

Epitafio de Giotto.

ha legado su nombre á la historia, ha comereiado con otras naciones, ha tenido los célebres juegos del Hipodromo, como Olimpia y por último á enviado sus hijos á la guerra, con la cruz al pecho, para que conquistasen el sepulcro de Cristo.

Las ciudades que han vivido de este modo tienen derecho á mostrar con orgullo sus profundas cicatrices: Pisa es hoy verde, fuerte y jóven; ha inhumado los cadáveres de sus hijos y sus propias ruinas; todo lo que de su existencia brilla, herido por los rayos del sol, es melancólico sin duda, pero también sólido y robusto. Cualquiera cree que sus monumentos son de bronce, como las puertas de sus templos, porque allí no se revela la caducidad; nada ha envejecido á escepcion de las fechas, olvidad las fechas de los sucesos y vereis en Pisa una ciudad recién construida que espera pobladores.

Pisa es bella desierta, introducid en Pisa el pueblo de Liorna y perderá todo su mérito. La perspectiva más curiosa que ofrece se presenta á las doce del día, cuando ningún sér viviente atraviesa las orillas ni los puentes del Arno. Después de pasar uno de estos últimos se entra en una calle que brinda alguna frescura; nótese en ella movimiento y no faltan tiendas abiertas que esperan compradores. Penétrase en la ciudad y allí reinan el silencio y la soledad: muchos barrios recuerdan la feudal fisonomía de Aix, y particularmente la *Piazza de i Cavalieri* con su enorme estatua, con su palacio de pesada arquitectura y con la abundante yerba que crece por todas partes. Otras calles, tranquilas y desiertas, preparan el ánimo á una repentina sorpresa, porque Pisa ha depositado en el punto más retirado de su recinto los cuatro tesoros que encierra; la célebre *Campanila*, la *Cúpula*, el *Bautisterio* y el *Campo Santo*. Toda la vida del cristiano está en ellos: la *Campanila* se inclina sobre la ciudad para llamar al Neófito, el *Bautisterio* le recibe para hacerle cristiano, la *Cúpula* se abre para santificar su adopción, y el *Campo santo* para sepultar sus despojos mortales.

TEATROS.

Cruz.

A las siete de la noche.

Se dará principio con una gran sinfonía, y concluida se ejecutará el drama nuevo, orijinal, histórico y de carácter, en cuatro actos, escrito por don José Zorrilla, con el título de

EL CABALLO DEL REY DON SANCHE.

Terminará con un buen baile nacional.

Príncipe.

A las siete de la noche.

LA RUEDA DE LA FORTUNA,

muy aplaudida comedia en cuatro actos.

Intermedio de baile nacional.

Terminará la función con un divertido sainete.

Circo.

A las siete y media de la noche.

LA GITANA,

gran baile en cinco cuadros.

Tres Musas.

A las siete y media de la noche.

LA SEGUNDA DAMA DUENDE,

comedia en tres actos.

Baile nacional y sainete.

IMPRESA DE BOIX.